

RECENSIONES

N. Morley, *Classics. Why it matters*. Polity Press: Cambridge, 2018 (143 pp.). ISBN: 978-1-5095-1793-0.

En líneas generales, retengo la propuesta del profesor Neville Morley como un ejercicio de sinceridad académica. La sencillez de la obra permite al autor expresar personalmente su preocupación por la recepción del mundo clásico entre la ciudadanía. No cabe duda de que la reflexión es valiente y, por qué no decirlo, ajustada y necesaria a los tiempos que corren. El breviario que rubrica Morley dista mucho de las obras sobre la recepción moderna de Tucídides a las que nos tiene acostumbrados. En esta ocasión propone una versión divulgativa similar a la propuesta de Salvatore Settis pero en un formato algo más modesto.

En cuanto al volumen, debe decirse que es de factura sencilla (paperback) y económica pero incluye alguna imagen y un pequeño índice onomástico que resultan muy útiles. Pese a ser una obra divulgativa, encontramos un mínimo aparato crítico recogida en la sección de notas y un breve listado bibliográfico que confieren al volumen un aspecto serio y trabajado. Por otra parte, la distribución del contenido se realiza en cuatro capítulos: 1) What's Wrong with Classics; 2) Charting the Past; 3) Understanding the Present; 4) Anticipating the Future? Se aprecia una estructura pero diría que la propuesta se debe considerar como una reflexión unitaria sobre el estado actual del mundo clásico.

Debo confesar que mi lectura de *Classics. Why it matters* no parte de un interés académico pues la obra no resulta atractiva a simple vista para un especialista. No obstante, a medida que el lector avanza, se ponen sobre la mesa temas muy importantes que invitan a una reflexión desde el ámbito académico sobre el rechazo de la gran masa social hacia el mundo clásico. ¿Qué hemos hecho mal? Morley responde con el acertado pero tópico argumento de que la antigüedad clásica opera al margen de la sociedad de consumo. En definitiva, la antigüedad ofrece conocimiento no un producto. Pero la reflexión no termina aquí sino que se adentra en la necesaria autocrítica que debe realizar el mundo académico sobre este particular. El profesor Morley critica duramente que el clasicismo se haya instalado en una atalaya intelectual, un lugar desde donde no llega a la gente. Lo anterior parte de una situación concreta: durante siglos el clasicismo estaba monopolizado por las elites sociales masculinas. Hasta aquí podríamos argumentar que se trata de un punto de vista algo manido, aunque cierto, que no ayuda a explicar el problema actual ni propone soluciones. En cambio, la reflexión sobre el interior de la academia es lo que más llama la atención. El profesor Morley identifica la reminiscencia de esa percepción elitista de la antigüedad en la filología clásica. En otros términos, el excesivo celo que este colectivo pone en el dominio de las lenguas antiguas supone para

Morley un obstáculo para la difusión de los estudios clásicos. Hablamos del criterio según la cual sólo alguien que domine plenamente griego y latín puede alcanzar un conocimiento correcto de la antigüedad clásica. No hay duda de que la propuesta es valiente viniendo de un académico. El autor sugiere que existen multitud de traducciones modernas, por otro lado fruto del incansable trabajo de la filología, y otros recursos que posibilitan que la antigüedad se abra a otras disciplinas. El riesgo de la anterior aseveración queda recogido por el propio autor en un epílogo donde anota que dichas impresiones, cuanto menos, pueden considerarse polémicas.

Continúa Morley esgrimiendo que ciertos autores de la antigüedad, como Tucídides, resultan conocidos al común de la población por medios que distan de los tradicionales: internet, medios de comunicación, etc. En otras ocasiones la antigüedad llega al gran público gracias al cine, que ofrece una imagen al margen de la academia. Como vemos, el autor trata de plasmar como los classicistas van por un camino que la sociedad ni reconoce ni comparte.

Como reflexión personal, debo añadir que resulta especialmente particular que un libro orientado al gran público interpele de esta forma al lector especializado. Quizás porque no se expresen contenidos sino reflexiones. La cuestión acerca de la responsabilidad de ciertos sectores de la filología en la gentrificación del mundo clásico me parece sugestiva (aunque no comparto muchos puntos del razonamiento de Morley). Alguien podría argumentar que los reproches del prof. Morley contra la filología se deben a su desconocimiento de las lenguas clásicas. Digamos que su argumento funcionaría como mecanismo de defensa. En cambio, la misma reflexión que con justicia realizan muchos filólogos tiene varias direcciones. Por ejemplo, a nadie le viene a la cabeza estudiar Matemáticas cuando se habla de Euclides o, análogamente, ¿Cuántos zoólogos se cuentan entre los traductores del *Partes de los animales* de Aristóteles? Sin ánimo ninguno de polemizar, mi punto de vista se orienta a mostrar que el conocimiento sobre la antigüedad se construye desde muchas sensibilidades y áreas de conocimiento. Todas ellas deben relacionarse recíprocamente porque, en caso contrario, la imagen que ofrece la academia al gran público es elitista, piramidal y poco cercana. Una imagen negativa que comienza a calar entre el alumnado universitario donde ha decaído el interés por los estudios clásicos. Esta falta de iniciativa no siempre debe achacarse a carencias en el sistema educativo o desidia de las nuevas generaciones. El libro del prof. Morley nos pone sobre aviso de esta desconexión entre masa social y classicismo. En este sentido, ganar terreno será un importante reto para el futuro de los estudios clásicos en una sociedad globalizada.

César Sierra Martín
 Universitat Autònoma de Barcelona